

bre, que es para mí el más amoroso padre, me manda que parta, asegurándome que en Nápoles me abrazará... ¡Oh! ¡no más vacilación, no más dudas!... ¿Qué me importa partir á lejanos climas, si de todos modos estoy separado de ella?

Sus ojos se fijaron entonces en la carta abierta que había sobre la mesa, y que sólo contenía estas palabras:

«Querido Adriano: Te espero en Nápoles para abrazarte.

AMBROSIO.»

Aquella lectura pareció disipar todas las dudas del artista.

—¡Voy á encontrarte, bienhechor mío!—exclamó con las mejillas animadas y la mirada brillante.—¡No me esperarás mucho tiempo!... ¡Dios mío!—prosiguió alzando al cielo los ojos;—¡conservad mi recuerdo en el corazón de Margarita!

Y agitando el cordón de la campanilla, dió orden al criado que se presentó, de hacer los preparativos para un largo viaje.

CAPÍTULO OCTAVO

DE POTENCIA Á POTENCIA

La risueña ciudad de Nápoles extendía su golfo azulado como un manto de zafiros.

Ya hacía rato que el sol se había ocultado detrás de las colinas dominadas por el Vesubio.

Ischia, Prócida y Capri salían del fondo del mar, cuyo azul se confundía con el del cielo. El Pausilippo, el sepulcro de Virgilio, el convento de los Camandulenses y las murallas del castillo de San Telmo aparecían iluminados fantásticamente por la blanca luz de la luna.

Divisábase, edificada en la finísima arena de la playa, una hermosa casa, cuyos balcones daban al golfo: un largo corredor con barandilla de piedra primorosamente labrada ocupaba el cuerpo principal, y las puertas de cristales que se abrían en él permitían ver el fondo de una linda habitación, iluminada ya por una luz débil colocada en un canastillo lleno de flores que ostentaban los más vivos matices, y cuyas hojas lucían su brillante verdor.

El hermoso edificio estaba lejano de la bulliciosa y turbulenta ciudad de Nápoles, y aparecía aislado en medio de aquel mar, el más hermoso

del globo. Diríase que las personas que lo habitaban se habían situado allí para gozar solamente del bello cielo de Italia, de su sol deslumbrador, de su pura luna y de aquella atmósfera impregnada de perfumes embriagadores.

Allí no penetraban los rumores de los saraos ni de los festines; casi nunca los suntuosos carruajes, los gallardos jinetes llegaban á aquella parte de la playa; sólo las morenas hijas de la Mergellina, con su pintoresco traje, pasaban en sus barcas ó corrían en la arena imprimiendo apenas las huellas de sus pequeños pies.

Los pescadores ocupaban casi exclusivamente, desde la aurora, todo aquel terreno. Al asomar el sol por detrás de las elevadas cúpulas de San Telmo, se oían las melodiosas canciones de los *lazzaroni* que habían dormido durante la noche en la arena, y el ruido de los remos que rizaban las cristalinas aguas del golfo.

Pero cuando presentaba la playa un magnífico espectáculo era á la hora del crepúsculo de la tarde; entonces parecía que las voces de los pescadores se tornaban más vibrantes y melancólicas; cruzábanse innumerables góndolas, y la luna, que se alzaba en el purísimo azul del firmamento, iba á quebrar sus rayos en las aguas del golfo, y tal vez iluminaba indiscreta alguna amante pareja que, oculta en una barca de pescador, se encaminaba á Prócida para buscar allí el silencio y la soledad que en las calles de Nápoles

no se encuentran jamás. Pero la dulce luz del astro de la noche nunca ha ofendido á los amantes, y á encontraros allí, lectores míos, hubierais visto á más de una hermosa joven que apoyaba la cabeza en el hombro del gallardo caballero que la acompañaba, mientras fijaba sus rasgados y tristes ojos en la plateada antorcha del cielo; y hubierais visto también las negras pupilas del amante clavadas con pasión en la frente de la hermosa niña.

La noche pura y estrellada reinaba ya en todo su imperio, cuando se vieron ondular en el corredor de piedra que ocupaba el primer piso de la casa ya descrita, los largos pliegues de un vestido blanco; un instante después, una hermosa y esbelta joven fué á apoyarse en el antepecho: á juzgar por el abatimiento de sus facciones, que la luz de la luna bañaba de lleno, debía estar enferma. Sus largos cabellos rubios bajaban en prolongados rizos sujetos detrás de las orejas hasta tocar sus hombros; sus grandes ojos azules, coronados y guarnecidos de largas y oscuras cejas y pestañas, estaban tristes y pensativos; su boca, que ostentaba una gracia virginal, aparecía melancólica y apagado el carmín de sus labios, y las flotantes mangas de su vestido permitían ver lo enflaquecido de sus brazos.

En el fondo de la estancia, y sentado junto á una mesa en que ardían dos bujías, estaba leyendo un hombre de edad avanzada; pero sin duda

que el libro absorbía poco su atención, porque con frecuencia levantaba los ojos para clavar en la joven una mirada ávida y torva.

Mas ella nada advertía: fijaba su mirada en el golfo como si esperase descubrir un semblante querido en el fondo de alguna de las góndolas que caminaban con igual y pausado movimiento.

—Margarita—dijo de súbito el caballero,—la humedad de la noche va á hacerte daño: te suplico que entres.

—Ya voy, amigo mío—contestó la joven con dulzura, y volviendo á quedarse pensativa, apoyada como antes en el antepecho.

—El signor Adriano de Mendoza—anunció un ayuda de cámara italiano, desde la puerta de la sala, al mismo tiempo que aparecía el artista en el umbral.

Volvióse rápidamente Margarita, y un rayo de alegría iluminó su abatido semblante; de pie aún en el balcón, alargó su mano al joven, que la estrechó con efusión entre las suyas, y después fué á sentarse en un sillón.

—¿Cómo se encuentra usted hoy, Baronesa?—preguntó Adriano, fijando una mirada llena de amor en el semblante de la joven.

—Estoy mejor, amigo mío—contestó ella con dulce sonrisa y fijando también sus ojos en los ojos del artista.

—Puesto que te dejo con Mendoza, hija mía, voy á dar un paseo por la playa—dijo el anciano

que leía, levantándose al mismo tiempo que Adriano ocupaba un asiento junto á la Baronesa.

—¿Cómo, señor don Justo! ¿Nos deja usted?—exclamó el joven, en cuyos ojos se pintó una viva alegría.

—Sí—contestó fríamente Astorga:—no he salido hoy, y voy á tomar el aire. Hasta dentro de poco—añadió marchándose y cerrando la puerta.

Si Margarita ó Mendoza se hubieran aproximado al balcón algunos instantes después, hubiesen visto á su amigo cruzar por delante de la casa y detenerse en la playa á algunos pasos de distancia, con la vista fija en las serenas aguas del golfo.

Largo rato permaneció buscando, al parecer, á alguna persona entre las negras góndolas: al divisar á veces una pequeña barca que se adelantaba lentamente guiada por un solo remero, alzaba vivamente la cabeza y se animaban sus ojos; mas luego que llegaba más cerca de él y descubría una figura de mujer envuelta en un largo manto negro, ó un anciano pescador, en el rostro de don Justo aparecía de nuevo la impaciencia.

De súbito llegó á su oído, entre las alegres barcarolas napolitanas, el eco de una voz dulce y varonil que entonaba una canción española: los ojos del anciano brillaron de repente é inclinó la cabeza para escuchar mejor.

La voz se aproximaba, y bien pronto columbró una pequeña góndola, conducida por un remero é iluminada enteramente por la luna: junto al gon-

dolero se veía sentado á un hombre, que era el que cantaba, y que estaba envuelto en los anchos pliegues de una capa española, negra como el esquiife.

El cantor nocturno seguía su melodía al acompasado rumor de los remos: su voz hermosa y vibrante resonó bien pronto en aquella parte de la playa, y los *lazzaroni* y los pescadores interrumpieron sus alegres barcarolas para escuchar aquella melancólica canción de un país extranjero.

De repente calló el que cantaba, y las barcas, un momento paradas é inmóviles, empezaron á bogar de nuevo.

—¿Quién será, Anzzoletto?—preguntaba una hermosa muchacha de negros ojos y morenas mejillas, que tenía un niño en los brazos, á un gallardo mancebo que estaba sentado á su lado en una pobre barquilla.

—En verdad, Giovanna, que no lo sé—contestó él;—está aún su barca á tanta distancia que sólo distingo dos bultos negros en ella.

—¡Dios mío! ¡qué hermosa voz!—exclamó la joven.—¡Si da ganas de llorar, y al mismo tiempo parece que alegra el corazón!... Mira, mira... hasta nuestro hijo espera volverla á oír.

Y Giovanna mostró á su esposo el niño, que fijaba por casualidad sus grandes y brillantes ojos en el punto de donde salía la voz un momento antes.

El joven pescador besó á su hijo y á su mujer;

mas ésta apoyó su morena mano en el hombro de Anzzoletto, haciéndole señas de que escuchase. La voz se oía de nuevo más próxima, melodiosa y encantadora.

Todos los gondoleros callaron, deteniendo sus barcas, y los atónitos napolitanos escucharon ávidamente esta canción, cuyo idioma español no comprendían:

Blanca y dulce paloma,
Detén el raudó vuelo,
Y el puro, hermoso cielo
No olvides de Aragón.
Bate hacia allí tus alas
Y encontrarás la dicha;
Aquí sólo hay desdicha,
Pesares y aflicción.

Calló la voz, y durante algún tiempo escucharon los pescadores del golfo: las últimas notas fueron lanzadas al viento al pasar la barquilla cerca del balcón de piedra, y los napolitanos pudieron ver á una joven vestida de blanco que se apoyaba en el antepecho y que miraba ansiosamente hacia el lado de donde partía el canto.

—¡Ah!...—exclamó Giovanna;—¡es un español el que canta!... Mira, Anzzoletto, mira su larga capa negra... ¡Dios mío!... ¡cuánto siento no entender esa canción!

En aquel momento pasaba la góndola por debajo del balcón en que se apoyaba Margarita: el caballero que cantaba se puso de pie, y sus ojos

se fijaron en aquél, al mismo tiempo que entonaba la segunda estrofa de su triste melodía:

Vuelve á tu cielo hermoso
Y encontrarás la calma,
Que de tu madre el alma
Por ti velando está...
¡Cándida flor del valle!
Morir aquí es tu suerte...
Y ¿quién ¡ay! de la muerte
Aquí te salvará?...

Hubiérase dicho que la barca caminaba mucho más despacio mientras cantaba el nocturno paseante; á pesar de ser lento el compás de aquella melodía, la estrofa entera fué cantada delante del balcón, y las últimas notas llegaron claramente á los oídos de la Baronesa y del pintor, que se había acercado también para escuchar. El español, siguiendo la poética costumbre de los italianos, repetía los postreros acentos, y la brisa del golfo llevaba á los jóvenes los ecos de estos dos versos:

Y ¿quién ¡ay! de la muerte
Aquí te salvará?

Perdióse al fin el último sonido, apagado por la distancia, y la barquilla sepultó su oscura forma entre la sombra de Ischia, que se divisaba lejana, como un gigante negro tendido en las azuladas aguas del golfo. Margarita y Adriano desaparecieron del balcón y los gondoleros empezaron de nuevo á manejar los remos.

Un hombre, empero, quedó inmóvil mucho tiempo después de cesar el canto. Era don Justo, que en pie y silencioso en la arena de la playa, siguió con los ojos el débil esquife.

—¡Ah!—exclamó al fin, mirando hacia el sitio por donde había desaparecido.—¡Ah, Barón!... ¡La lucha empezó!... Es justo... Hasta hoy no has hecho más que mirar á Margarita; mas, por fin, te has decidido á enviar tu voz á su corazón... Hasta hoy te has contentado con dejar en su cuarto tus flores favoritas y tu retrato; esta noche le has hecho oír de lejos tu acento... Hasta ahora eres un hombre de honor; yo no te dejé más sujeción que tu palabra, y ésta es sagrada, á lo que veo. ¡Luchemos, pues, pero con lealtad!... ¡Luchemos con nobleza, pero con valor y sin piedad!... Esta noche has conmovido hondamente su corazón; yo la he dejado esta noche sola por la vez primera con el hombre que la adora...

Calló don Justo por un momento, y dobló la frente.

—¡Iguales estamos, iguales! No te quejes—prosiguió con más vehemencia todavía.—Yo tengo á mi hermano para vencer; tú la carta de su madre moribunda que aún no le has entregado. ¡Combatamos, pues! ¡Combatamos! ¡La lucha será fuerte y poderosa!... ¡De potencia á potencia!...

Al terminar estas palabras extendió los brazos hacia el sitio por donde había desaparecido la pequeña góndola; mas en aquel ademán no había

ninguna señal de amenaza, asemejándose más bien á una postrera despedida.

—¡Oh!—murmuró tras una larga pausa.—¡Pluguiese al cielo que no fuese la dicha de mi hermano la que tengo que defender, para que me fuese posible perdonarte mi propia desventura!

Pasó, al decir esto, la enflaquecida mano por sus ojos humedecidos, y tomó lentamente el camino que conducía á la bella casa del balcón de piedra.

CAPÍTULO NOVENO

EL ABRAZO PROMETIDO

Al salir don Justo de Astorga del lindo saloncillo donde acababa de entrar Adriano de Mendoza, ya hemos dicho que una viva alegría iluminó el semblante de este joven: hacía dos meses que estaba en Nápoles, y quince días que el mismo Astorga, de quien se había hecho muy amigo en un paseo por el golfo, le había presentado en casa de su pupila, ó más bien, de su hija, la joven y preciosa Baronesa de Medina; mas en todo este tiempo había sido imposible al enamorado joven hablar ni un momento á solas con Margarita, porque la presencia constante de su amigo se lo impedía.

El carácter de Adriano se hacía cada día más melancólico; se ha visto que, al recibir en Madrid la carta de su desconocido bienhechor en que le ordenaba marchar á Nápoles, obedeció sin dilación, halagado con la esperanza de abrazarle, según en aquel escrito se le ofrecía. Mas en vano esperó día tras día el cumplimiento de aquella oferta: ninguna carta volvió á recibir; nadie fué á verle de parte de aquel hombre, objeto para él de

un amoroso culto, y su vida se deslizó en la tristeza y la soledad.

Una tarde que se sentía más melancólico que de costumbre, le ocurrió ir á dar un paseo por el golfo, para gozar del magnífico espectáculo de la puesta del sol; dirigióse á la playa y divisó á un pobre viejo, pescador de la Mergellina, que se entretenía en remendar sus redes.

—¿Tiene usted cerca su barca, buen hombre?— le preguntó.

—Allí, excelencia—contestó el anciano, levantándose presuroso y quitándose su gorro de lana con el aire obsequioso y dulce de los hijos del pueblo de Nápoles.—No se halla otra más segura, más gallarda, ni de más suave movimiento—y tirando de la amarra, aproximó su barquilla, que era, en efecto, muy linda; saltó dentro en seguida, y presentó respetuosamente su brazo derecho al artista para ayudarle á embarcar, mientras tenía en la mano izquierda su gorro.

Adriano apartó suavemente aquel apoyo y saltó á la góndola, sentándose en el sitio más cómodo para dominar con la vista el bello panorama que se extendía ante ella.

Ya preparaba el pescador los remos, cuando llegó á la orilla un hombre anciano vestido con elegancia.

—¿Le molestará á usted un compañero para su paseo, caballero?—preguntó al joven con marcado acento español.

—No, señor—contestó Adriano levantándose cortésmente:—tendré, por el contrario, sumo placer en que acepte usted este asiento.

El recién llegado se inclinó y saltó á la barca, ocupando, para complacer al joven, el asiento que éste le cedía. Adriano se colocó junto al barquero y, sacando de una cartera de viaje cartones y lápices, se puso á dibujar en la rodilla aquel magnífico paisaje, no sin pedir antes permiso á su compañero.

De este modo llegaron á Capri: allí saltó Adriano el primero y alargó su mano al anciano, internándose con él en las risueñas y frescas sombras de la Isleta.

—¿Ha estado usted antes de ahora en Nápoles, amigo mío?—preguntó al artista su compañero.

—Sí, caballero: hace un año estuve con mi tutor para estudiar las hermosas pinturas de Salvador Rosa que existen en los salones del palacio de la Vicaría y en las suntuosas galerías del castillo Nuevo—contestó el joven con un suspiro que le arrancó el recuerdo del venerable amigo de su infancia.

—¿Le agrada á usted Italia?

—Sí, señor: me agrada en extremo y la amo mucho, porque en ella admiro el engrandecimiento de mi arte; pero no me inspira el apasionado cariño que tengo á nuestra patria. ¡Ah, señor!—continuó el joven con acento conmovido, y alargando tímidamente su mano al caballero.—¡Qué

placer se experimenta al poder decir *nuestra patria*, hablando con otra persona en suelo extranjero! ¡Si supiera usted cuánto me he alegrado de encontrarle!

—Tiene usted razón, hijo mío—contestó el anciano estrechando con efusión entre las suyas las manos del artista.—A no ser por no interrumpir la tarea de usted, muchas veces, durante nuestro paseo, le hubiera hablado sólo por tener el gusto de escuchar el idioma de nuestra amada patria. Hasta se me figura que hemos nacido bajo el mismo cielo, porque el acento de usted me hace creer que ha visto la primera luz en la corte de España.

—¡Oh, qué ventura!—exclamó Adriano extendiendo de nuevo una mano á su compañero. Permítame usted, señor, que me llame su amigo, á lo menos, mientras ambos estemos juntos en Nápoles.

—Aquí y en todas partes, hijo mío, me llamo don Justo de Astorga, y he venido á Italia para acompañar á una pobre joven que empezaba á enfermar del pecho, y á la que quiero como á mi propia hija, aunque sólo soy su tutor.

—Mi nombre es Adriano de Mendoza—dijo á su vez el joven,—y me ha traído á Nápoles el deseo de conocer y abrazar á un hombre á quien amo más que á mi vida, aunque no le he visto jamás.

Si Adriano hubiese mirado en aquel instante á

á su interlocutor, se hubiera admirado sin duda de ver sus ojos llenos de lágrimas, que se elevaban al azulado cielo con una expresión inefable de gratitud.

—¿Ha conseguido usted al fin lo que anhelaba?—preguntó con mal segura voz.

—¡Ay, no!—contestó el joven:—ya he perdido hasta la esperanza...

—No la pierda usted aún—dijo el caballero con voz tan profunda, que penetró hasta lo íntimo del corazón de Adriano;—no la pierda... quizá no esté lejos ese momento tan deseado.

El joven clavó con ansia sus ojos en el semblante de don Justo, porque su acento despertaba en su memoria confusos y dolorosos recuerdos: la imagen del terrible religioso, que se le aparecía cada noche en sueños, vino ante sus ojos, al mismo tiempo que sentía estremecerse todas las fibras de su alma; mas el anciano extendió su diestra hacia un punto blanco que se descubría muy lejano: era el barquero que agitaba con fuerza un pedazo de vela.

—Esa es una señal de mal agüero—dijo don Justo con voz ya segura y reposada.—Pronto, Adriano, vámonos... Va á haber tempestad.

En efecto, el viento se había cambiado al Sur, y se divisaba una nube negra en el horizonte. Los dos echaron á andar precipitados hacia la barca, que no había abandonado el pescador.

—Apresurémonos, excelencias—dijo mostran-

do la nube, que al principio sólo era un punto imperceptible, pero que iba creciendo por momentos y extendía lentamente sus sombrías formas.

La barca se lanzó á las olas y casi al mismo tiempo retumbó sordamente un trueno lejano.

—Excelencias, uno á cada lado de la barca— gritó el barquero.

El anciano y el joven obedecieron y se sentaron tranquilamente, contemplándose ambos con asombrados ojos.

La tempestad presentaba señales más alarmantes cada vez; el sol había desaparecido, y en el mar se notaba ese tinte verdoso que revela el profundo trastorno de sus abismos; la alondra lanzaba su grito lastimero al cruzar rápidamente sobre las cabezas de los viajeros, y las olas se deshacían en espuma al chocar contra los costados de la barca.

Aquellos dos hombres, sin embargo, no habían perdido la serenidad de su mirada ni la tranquilidad de su actitud.

De súbito se levantó lentamente don Justo, y fué á sentarse junto al timón: con mano experta presentó la vela al viento de modo que aprovechase la violencia del huracán para que fuese más rápida la travesía. Mas una ráfaga terrible hizo girar la barca sobre sí misma: don Justo picó la escota, y el huracán se llevó la destrozada vela entre sus negras alas; levantóse entonces, y fué á sentarse junto al joven como si quisiera protegerle.

Las olas se perdían entre las nubes, mas ya se descubrían muy cercanas las costas de la Mergellina. Adriano dibujaba tranquilamente en un cartón que tenía en la rodilla, reproduciendo el soberbio é incomparable espectáculo del mar embravecido.

—Ya vamos á tocar á tierra, excelencias—dijo el anciano barquero enjugándose la frente inundada de sudor.

Mas en el mismo instante, una de aquellas espumosas montañas pareció que iba á tragarse la pequeña embarcación. Por un movimiento simultáneo, el anciano y el joven se tendieron los brazos en aquel instante de angustia suprema, y quedaron estrechados fuertemente: durante algunos segundos latieron juntos aquellos dos nobles corazones, y el bienhechor dió al pobre huérfano el abrazo prometido.

—¡A tierra, signores, á tierra!—gritó entonces el barquero.

Deshízose el amante lazo de los dos hermanos; mas sus ojos se dijeron en una larga mirada que estaban unidos para siempre con un eterno amor.

—Adriano—dijo don Justo al joven, mostrándole la casa que habitaba con Margarita,—allí vivo yo: ¿quiere usted subir ahora conmigo?

—No, amigo mío—respondió el artista conmovido profundamente por tan sencillo y elocuente ofrecimiento,—me retiro á descansar; pero desde mañana vendré á verle todos los días.

—Hasta mañana, pues—dijo el anciano apretándole la mano fuertemente.

El joven siguió con los ojos al caballero, que se alejaba ya, después de dar un bolsillo lleno de pesetas españolas al barquero, que lo besó con transporte, y alargándole el suyo, lleno también de la misma moneda, se dirigió lentamente á la fonda donde se hospedaba, en tanto que el pescador bendecía á la Madonna, que le había enviado tan buenos viajeros.

Al día siguiente se presentó el artista en casa de la joven Baronesa, sin saber que iba á trocarse en realidad uno de sus más hermosos sueños de dicha. Al presentarle don Justo á Margarita sintió que una nube pasaba por delante de sus ojos deslumbrados por aquella brillante visión; pero recobrándose al momento, juntó sus manos con adoración, en tanto que la joven bajaba ruborizada la cabeza.

Don Justo observaba á entrambos con mirada penetrante. Adriano, á pesar de la afección que el anciano le inspiraba, le ocultó su pasión á Margarita, como asimismo que le conocía anteriormente; quería hablar antes á solas con ella, pintarle un amor que hasta entonces sólo había sido adivinado, y rico de ventura y de esperanzas con el *sí* que aguardaba de los labios de la joven, pedir su mano á don Justo.

Pero aquella ocasión, tan ardientemente anhelada, no llegaba nunca: hacía quince días que el

joven esperaba en vano, y por eso la noche en que don Justo bajó á la playa para espiar la barca del español, iluminó un rayo de alegría el noble y hermoso semblante del pintor.